



Arturo San Agustín



La Rambla y Cicerón

Floristas de la Rambla. Floristas anteriores a los esclavos paquistaníes de la noche, que venden flores como si vendieran paraguas plegables, dudosos mejillones o ventiladores portátiles. Floristas, pues, verdaderas. Siempre me han gustado las floristas. Incluso las cinematográficas y callejeras como la inglesa Eliza Doolittle, aquella que interpretó Audrey Hepburn, o la violetera del popular cuplé, la del "ramito en el ojal", que en el cine interpretó Sara Montiel. O sea que el martes, minutos antes de entrar en el Saló de Cent, tuve la suerte de poder conversar con el empresario Salvador Alemany y con Daniel Martínez, que es quien manda ahora en el teatro Romea. A los tres nos nombraron Ramblistes d'Honor, título barcelonés y popular que conceden los Amics de la Rambla y que yo siempre asocio con las verdaderas floristas: las legendarias Carolinas o Carme Romero.

Nada es casual. No es casual, pues, que al escenario del teatro Romea acabe de llegar el romano Cicerón. Aunque cínico y demagogo para algunos, todos reconocen que fue, entre otras cosas, un gran orador. También fue abogado, filósofo y gran defensor de los valores republicanos. Como ya saben: Cicerón criticó a Julio César al considerar que había traicionado a la República y se había convertido en un tirano. Y, como tampoco ignoran, también él acabó siendo asesinado por dos o tres sicarios al servicio de Octavia, la segunda esposa de Marco Antonio. Así vengó la muerte de Julio César. Parece que Octavia culminó su venganza escupiéndole en la cara de Cicerón, arrancándole la lengua y atravesándosela con los pasadores que usaba para el cabello.

Cicerón siempre está de actualidad. La prueba es que consideraba que el tiempo que le había tocado vivir era malo. Si hacemos caso a sus palabras era tan malo como el que nos ha tocado vivir a quienes creímos, sólo durante un rato, que el franquismo y muchas de sus

Ignorábamos que el destino colectivo nos sorprendería con políticos sectarios, cobardes e inútiles

maneras morían con el llamado Generalísimo. Ignorábamos que el destino colectivo nos sorprendería con políticos sectarios, incompetentes y, como vamos viendo o sufriendo, ya

descaradamente cobardes e inútiles. Pero, más allá de la política o la ausencia de ella, Cicerón atribuía los males de su tiempo a varias razones. Una de ellas era que los hijos habían dejado de creer en los padres. Y otra, la abundancia de libros. "Todos escriben un libro". No se puede ser más actual. "Todos escriben un libro". Otra cosa es que te den el premio Planeta, que es un pastón y mucha entrevista. Fue también Cicerón quien afirmaba que la verdad se corrompe con la mentira, pero también con el silencio. Lo dicho: no se puede ser más actual que el tío Cicerón. Parece que estuviera pensando en esta Catalunya incendiada de ahora mismo.

Y regresando a la Rambla del mi muy admirado Fermín Villar, que es donde he comenzado esta columna, creo que su solución no la tienen los urbanistas. Su solución la tienen los políticos competentes, pero está en las floristas verdaderas. Está en la rosa.